



El teatro de la vida

DECORADO: El escenario representará un gran teatro, con su patio de butacas y sus tres pisos. Para no privar vistosidad a la escenografía, que, naturalmente, será realizada por el gran Paco Escarcha, recomendamos la demolición de los edificios colindantes con vistas a un mayor lucimiento del artista y de sus poliésteres crónicos. Los palcos se encontrarán llenos de actores que representarán a conocidos personajes de nuestra sociedad. El teatro arderá en ese esplendor que sólo aparece en las grandes solemnidades propias del clasicismo hispánico. De las barandillas colgarán mantones de Manila y capotes de torero al viento. Algunas espectadoras vestirán de mantilla, acompañadas de sus esposos en traje de nazareno, prenda ésta muy idónea para epatar con los caballeros de órdenes religiosas. Algunas señoras dejan caer sus abrigos de astrakán desde el entresuelo, para demostrar que lo tienen; las que tan sólo poseen uno de paño, lanzan al patio de butacas ropa interior, en un intento, por dar colorido a la cosa; las prendas negras son ruidosamente silbadas por el respetable.

Grupo de jóvenes forcejea con los porteros, en traje de gala.

PORTERO I.—Como sigan apretando, nos veremos obligados a llamar a la Fuerza Pública.

PORTERO II.—¿Todavía no se han enterado de que está prohibido hacer grupos?

JOVEN I.—Hay dos pisos completamente vacíos.

PORTERO II.—Eso no es cuenta suya; el autor de hoy es muy suyo y no quiere que haya gente desconocida en una noche tan comprometida para él.

JOVEN II.—¿Queremos ver teatro!

PORTERO I.—Esto no es teatro, sino un estreno.

Se detiene en la puerta una calera tirada por seis caballos andaluces. Desciende de ella Jaume Salom en traje de gala. An-

tes de penetrar en el recinto, eleva su mano al pueblo enardecido, que grita: "Salom, eres el más grande".

SALOM.—Yo estoy completamente comprometido. Lo único que no puedo admitir es la frivolidad. No se puede ser frívolo, hay que tener una serie de ideas y ser consecuente con ellas. Llevarlas a término de forma callada.

estas obras hasta después de interpretarlas yo. Una excepción la hice con Laurence Olivier en el «Hamlet». Me defraudó. Yo no lo hubiera concebido con aquella violencia.

La dama intenta llegar hasta un palco donde varias señoras despellejan a otra que se encuentra en el suelo. A pesar de sus intentos, la dama no consigue

tras el coro de "pelotas" le acompaña para ver si consiguen ligar una copa, el "Oliver", tras la representación.

AÚTOR.—Yo tampoco soy partidario de que un autor viva el estreno como lo viene haciendo. ¿Sabéis lo que yo he querido hacer esta noche? Ver la representación desde el fondo de un palco, tranquilamente. Pero me dijeron que no debería hacerlo, y me dejé convencer. Dicen, además, entre las gentes de teatro que eso trae mal «fario», y que si el autor falta deliberadamente, la cosa no irá bien. Un capitán no debe abandonar en ningún momento a la tripulación.

Un fallo mecánico ha precipitado la bandera de cientos y cientos de metros sobre el patio de butacas. Cunde el pánico. Los espectadores gritan mientras el trapo ondea sobre sus cabezas impidiéndoles la respiración. Una señora de entresuelo se ha lanzado de cabeza a la tela, mientras grita a su marido:

SEÑORA.—Lalo, la lona. (Salta y brinca sobre la superficie, como una enloquecida, mientras allá abajo ¡allega la afición estrenista.) ¡Lalo, mira, mira, como la Espert!

Mientras la señora se va quitando ropa, enardecida por los gritos agónicos de los espectadores, suenan las sirenas de los bomberos mezcladas con "La Marsellesa", y los cascos de la Policía Montada del Canadá, que se ha dado un garbeo por si puede echar una mano.

Una florista grita alegremente su mercancia:

FLORISTA.—¡Violetas, violetas para alegrar el estreno!

Cualquier parecido con la realidad, ya lo saben, es pura coincidencia. Tan sólo los párrafos de los personajes reales han sido extraídos de las siguientes publicaciones: Salom, «Nuevo Diario», 18-I-70. Lemos, «ABC», 14-IV-71. López Sancho, «ABC», 3-VI-71. Rodero, «La Verdad», noviembre del 70. Autor (E. Romero), «ABC», 16-XII-72.

GUY DE LA RUE

EL ESTRENO

(Feria de vanidades con acompañamiento de pifano y soplete.)

Las palabras del señor Salom enardecen todavía más, si esto fuera posible, a la multitud. Una "fan" se lanza sobre él y consigue arrancarle una pernera (la derecha) de su flamante pantalón. El genito se lanza sobre ella para apoderarse de la reliquia, y la joven muere destrozada.

ANCIANO. (Con lágrimas en los ojos.)—Y luego dicen que en Madrid no hay afición al teatro...

SALOM.—Me parece que el teatro actual está marcado por dos puntos contrapuestos. Por un lado, el teatro de la «provocación» o de «la crueldad», de Antonín Artaud. No estoy de acuerdo con el primitivismo de los instintos. Es una parte del hombre, pero sólo una parte.

Un carro de barrenderos recoge los diseminados pedazos de la joven.

BARRENDERO I.—¡Vamos!, me vuelve mi hija así a casa, y la mato.

BARRENDERO II.—Como debe ser, ¡tanto teatro, tanto teatro!

Carlos Lemos, que acaba de ocupar ya su asiento, charla con una dama que consume graciosamente las manitas de cerdo que extrae de un delicado saco de raso bordado.

DAMA.—Al incorporar uno de estos personajes arquetípicos, ¿no pesan en usted las versiones de otros intérpretes?

LE MOS.—No. Porque procuro no ver

cambiar sus manitas de cerdo por una tajada de la despellejada.

López Sancho acaba de comprobar que se ha equivocado de estreno, ya que esa noche le tocaba cine; pero una vez dentro, decide sacrificarse y aprovechar el tiempo para realizar uno de sus sagaces comentarios.

LOPEZ SANCHO.—A veces un autor incipiente que ha producido una obra inicial de escaso valor, insinúa una negativa a la crítica aludiendo a posibles servidumbres de ésta. En su variedad lleva la semilla de su castigo.

Cuando ya suenan los primeros timbrazos, entran precipitadamente en la sala, comiendo kotufas de maíz, el censor y crítico teatral Díez-Crespo y el actor José María Rodero.

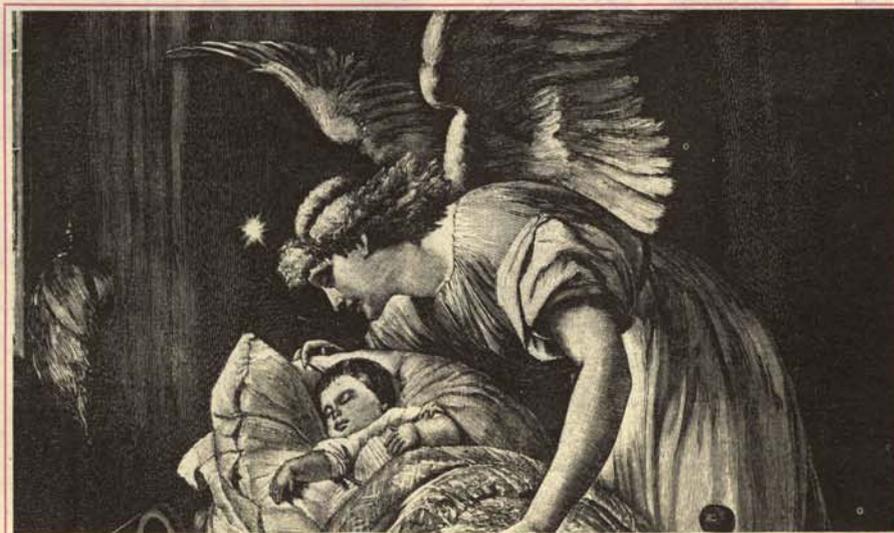
RODERO.—Las obras que se dan en el teatro son la avanzadilla europea y mundial. Se está dando todo lo que se esté dando en el extranjero. Vamos a desmitificar de una vez a la censura, ese mito no existe. Existe para un determinado tipo de obras que no está de acuerdo con el Régimen imperante en España, que no está de acuerdo con las directrices del Estado, cosa que ocurre en cualquier lugar del mundo.

La representación ha comenzado, y algunos espectadores chistan a las señoras del palco para que interrumpan el despellejamiento colectivo de participación que se traen entre manos. El autor pasea nervioso, mien-

EL ARCHIVO DE DON CLAUDIO



—Pues yo no cambio de posición hasta que me pongan el teléfono.



—Si eres bueno y te duermes, en mil novecientos ochenta te daré dos mil dólares de renta.